

CAPÍTULO IX

LA SEMANA TRAGICA

La semana de enero de 1919 se recuerda porque fue uno de los hechos más revolucionarios de la *Federación Obrera Regional Argentina*, en la que tomó parte todo el pueblo y en la que durante una semana, se sucedieron los acontecimientos más violentos que recuerda la historia de la F. O. R. A. En los primeros días de ese mes se declararon en huelga los obreros metalúrgicos de la casa Vasena, la que se negó a un pedido de mejoras presentado por el personal que trabajaba en ese establecimiento. Ante tal negativa, se acordó declarar la huelga, a la que respondieron todos y se trató por todos los medios, de impedir el acceso de rompohuelgas.

Se formaron comisiones que se turnaban y cuidaban del establecimiento para prohibir la entrada de traidores a la huelga y desde la esquina y la acera se hacía vigilancia. De pronto recibieron una descarga de ametralladora que causó varias víctimas, y se comprobó que en las azoteas de los balcones de la fábrica, se hallaban ocultos matones e individuos de avería, que habían sido contratados por los dueños para defenderlos, resguardar el establecimiento y liquidar a los dirigentes del movimiento.

Estos sujetos, munidos de armas largas y ametralladoras, estaban autorizados para hacer blanco en todo aquel que transitara por la acera, y fue así, que no sólo asesinaron a indefensos obreros, sino a vecinos que regresaban a sus hogares y a varios niños entre ellos a Juan Regueira, de 14 años, José Fontini, de 12 años, Horacio Gardolla, de 16 años, Carlos Rizollo, de 10 años y Luis Pascualino, de 13 años, que andaba vendiendo diarios.

Puede comprenderse, que estos hechos corrieron como reguero de

pólvora por toda la ciudad y que la indignación fue tanta, que las calles se inundaron de gente que querían asaltar el establecimiento, que estaba bien custodiado por la policía consentidora y cómplice de esos hechos.

La F. O. R. A., declaró la huelga general y el pueblo todo se lanzó a la calle. Ya no eran sólo los obreros de Vasena, sino muchos los hombres y mujeres que se veían recorriendo la ciudad indignados por los hechos ocurridos. Miles y miles de personas se atestaron en San Juan y Rioja para acompañar el cortejo fúnebre e inmolar a las víctimas de tan bárbaro crimen. Según las crónicas de los diarios, más de 200.000 obreros desfilaron por las calles de la ciudad en dirección a la necrópolis. Muchos choques se sucedieron en el camino; el auto del Jefe de Policía fue incendiado y también lo fueron los talleres de Vasena, se desarmó a varios policías y se obligó a las ambulancias de la Asistencia Pública a llevar banderita roja.

Al llegar a la Chacarita un recio tiroteo culminó con la terminación del entierro; muchas fueron las balas que se cambiaron pueblo y policía, porque los obreros iban bien armados y dispuestos a defenderse adquiriendo la fuerza de su conciencia. Por todas partes se oía vocear a los canillitas "La Protesta" y "Bandera Roja" que salió en esos momentos de angustia y dolor. La sacaban Badaracco, García de la Mata y Rosales y hacían una exposición de los hechos que estaban sucediendo y demostrando cómo estaba el pueblo en esos momentos preparado para la revolución.

Al regreso de la necrópolis hubo que hacerlo a pie y en nuestra peregrinación, encontramos tranvías dados vuelta y varios camiones formando barricadas. Las armerías eran asaltadas para munirse el pueblo de armas y poder defenderse.

Al llegar a mi casa, encontré un compañero que me estaba esperando para decirme que era necesario ir a cuidar al compañero Santana que había sido gravemente herido, y se encontraba en cierto lugar al que le habían trasladado los compañeros y donde lo había atendido el Doctor Carulla, compañero de mucha confianza, el que le había extraído una bala; su estado era grave.

Me trasladé al lugar indicado, y allí pasé la noche, cuidando a ese compañero. A la madrugada vino a sustituirme la compañera Juliana, una compañera muy activa y en quien se podía confiar. Felizmente San-

tana mejoró de sus heridas y lo tuvimos después muchos años a nuestro lado.

El día 8 fue un día de grandes acontecimientos. En el puerto hubo muchos encuentros con la policía, que tenía orden de tirar a matar y así lo hacía. En la *Federación Marítima*, cuyo secretario era Francisco García, se produjeron muchos choques. El local estaba siempre lleno de gente y entraban y salían los trabajadores; de vez en cuando se veía recorriendo el puerto algún camión repleto de gente con un banderín rojo al que la policía no se atrevía enfrentar.

La paralización del tránsito era absoluta, y los comercios todos tenían sus cortinas metálicas bajas y sus puertas cerradas; los escasos transeúntes apuraban el paso con visible inquietud y únicamente se encontraba por todas partes a los vendedores de diarios que gritaban con gran entusiasmo ¡La Protesta! ¡Bandera Roja! ¡Con la Revolución Social!

El día 9 corrian los rumores de que a raíz de como se desarrollaban los acontecimientos, el gobierno, con el Presidente Irigoyen a la cabeza, ponían en tela de juicio, la lealtad de las fuerzas armadas y la de la policía, comentándose que no actuaban con la eficacia debida, pues de lo contrario la rebelión del pueblo y la huelga general ya tenía que haber terminado. Fue así que el general Dellepiane, por orden del gobierno de Irigoyen, asumió la jefatura de la Policía y se dispuso a ahogar en sangre un movimiento de protesta y una huelga general declarada con toda justicia.

Emplazó en Plaza del Congreso ametralladoras y dio orden de tirar a matar a cualquiera que anduviera por las calles. Claro está, que después de varios días de formar barricadas y de muchos choques en toda la ciudad con la policía, de los que resultaron muchos muertos y heridos de ambas partes, los ánimos del pueblo iban decayendo. Se encontraban también un poco desorientados, porque faltó riqueza, energía y capacidad para orientar y seguir la acción revolucionaria.

Esa noche se comentaba que la Liga Patriótica Argentina que dirigía Manuel Carlés, asaltaría el diario "La Protesta" y como en otras ocasiones, destrozaría máquinas y todo cuanto encontraran por delante. Varios compañeros y compañeras, fuimos a pasar la noche al diario para defender del ataque lo que era nuestro y evitar que ca-

yera en manos de esos inconcientes. La redacción del diario estaba a cargo de los compañeros Luis Ibis Monis, Mario Anderson Pacheco, Rezzano y otros; como administrador Barrera; se encontraba situada en la calle Humberto I N° 1175. Pasamos la noche haciendo comentarios y tomando mate. De vez en cuando llegaba y se agregaba algún compañero al grupo que traía comentarios de los hechos que se estaban desarrollando afuera. Pasó la noche sin que nadie se acercara pues al parecer no se atrevieron, pero al día siguiente, la policía la clausuró.

Dos o tres días más y el movimiento de huelga general fue decayendo, no así la organización obrera, ya que cada vez los gremios tenían mayor número de socios y no había uno solo que no estuviera organizado.

La represión por ese movimiento fue muy grande; se calculan en 55.000 los obreros presos y prontuariados, y muchos fueron deportados. De los muertos y desaparecidos nunca pudo saberse la cifra exacta, pero fueron muchos cientos los acribillados por las balas policiales y muchos los heridos y contusos. También la policía llevó su parte. Muchos de ellos perdieron la vida y altos jefes que dirigían los ataques contra el pueblo quedaron en el lugar del ataque, porque en los encuentros que se produjeron los obreros se defendieron y fueron varias las comisarías asaltadas con pérdidas de ambas partes. Todo eso no interrumpió por un solo instante, el ardor y el entusiasmo de los cuadros sindicales y la actividad de los anarquistas en los gremios y centros culturales.

Yo, como es de suponer, tuve que desaparecer de los lugares acostumbrados, pero como en todas partes había algo que hacer no me faltaba trabajo. Los amigos y compañeros se encargaron de mudarme de casa porque yo no podía hacerlo, ya que había un policía en la puerta y habían allanado mi domicilio.

Fue clausurado el local de la *Federación Obrera Regional Argentina* y varios gremios. Pasado un tiempo tuvieron que alquilar otro y lo hicieron en la calle Córdoba 3940. Era una casa muy grande, con varias habitaciones y unos enormes patios que parecían salones, donde se podía cómodamente realizar asambleas y conferencias, pues tenían capacidad para gran cantidad de público. En las habitaciones instalaron la secretaría de algunos gremios y del Consejo Federal. Yo vivía allí cerca y mi concurrencia era continua. La policía estaba en constante acecho hacia los anarquistas, pero eso no influyó para que el movimiento obre-

ro de la F. O. R. A. tomara mayor incremento y sus cuadros adquirieran supremacía en todo el país.

En julio apareció "Tribuna Proletaria" y en octubre reapareció de nuevo "La Protesta" que se instaló en su nuevo local de la calle Perú 1537, donde luego estuvo muchos años.

Hacia mucho tiempo que los compañeros Francisco Fígola, Cesareo Díaz y yo, habíamos cambiado ideas sobre la posibilidad de organizar la Federación Obrera de la Aguja. Al disponer de un local tan amplio como el de la calle Córdoba nos pareció el momento oportuno por la facilidad de realizar allí las asambleas. Nos pusimos a la tarea y con la valiosa colaboración, capacidad y actividad de esos dos compañeros que pertenecían al gremio de la aguja, hicimos el llamado a ese gremio, que era muy numeroso. Costureras, sastres, cortadores de camisas, camiseras y todos los que pertenecían al gremio se hicieron presentes, ya que era una necesidad sentida la de organizarse. En la primera asamblea quedó constituida la Federación Obrera de la Aguja. Su secretario fue nombrado por aclamación, el compañero Cesáreo Díaz y el que por muchos años dirigió y perteneció a ese gremio, hasta que cayó en manos de la C.G.T., el que hoy lo dirige y se conoce por F. O. N. I. V. A. siendo muy distinta su orientación.

El local de la calle Córdoba 3040 ha quedado grabado en la memoria de muchos compañeros y en la historia del movimiento de la F. O. R. A., porque allí, se han realizado actos de una trascendencia muy grande y de mucha importancia para el ideal anárquico. Muchas fueron las controversias realizadas con gente de la oposición ideológica, y con los tráfugas del movimiento obrero. Los hermanos Nieves, tuvieron grandes encuentros con Mansilla que pertenecía al gremio ferroviario. El compañero Esquinini, con una capacidad indiscutible, dio hermosísimas conferencias sobre todos los temas y sostuvo también controversias con gente de la Confederación que sostenían Pedro Casas, Mansilla, Senrra Pacheco y Sebastián Marotta, los que trataban en lo posible de obstaculizar la labor de la F. O. R. A. Allí conocí al compañero Alberto Bianchi, que siempre iba del brazo de otro jovencito llamado Cabana y aparecían siempre con sus sombreros de alas anchas y sus figuras apuestas de jóvenes inteligentes e interesados en los problemas sociales.

En el bullir de las asambleas populares y obreras, que todos los días allí se realizaban, ellos tomaban parte directa en el esclarecimiento de hechos e ideales y en su juventud, fueron también ellos recogiendo la capacidad y personalidad ideológica, que siempre nos ha brindado Alberto Bianchi y nos brinda aún hoy, pues es uno de los compañeros de mayor capacidad con quien en estos momentos contamos.

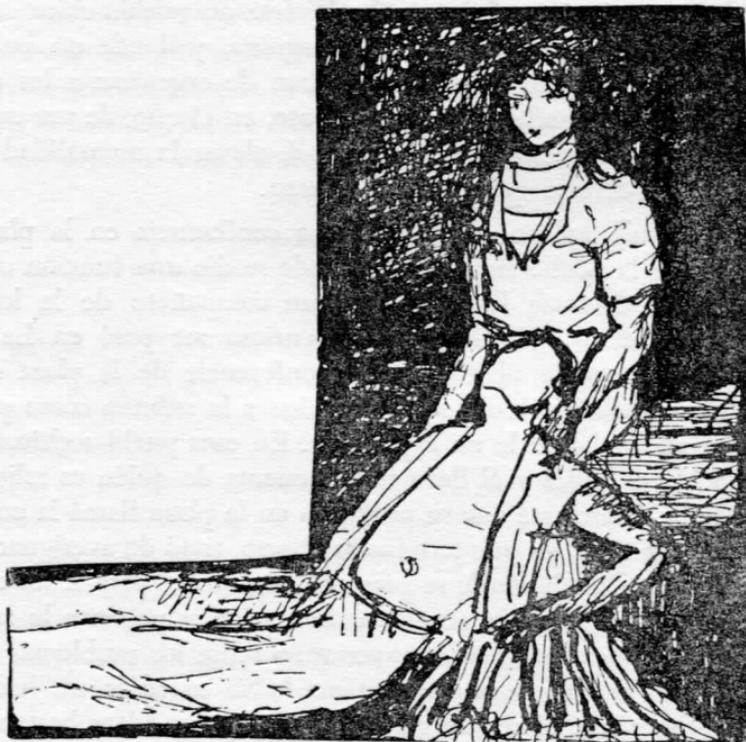
En el año 1920 por razones personales, me trasladé a la ciudad de Rosario, y como siempre, lo primero que hice fue hacerme presente en los locales donde se encontraba radicado nuestro movimiento.

Yo ya tenía conocimiento del movimiento obrero e ideológico de Rosario y de la provincia toda de Santa Fe, porque en diversas oportunidades, habían solicitado mi colaboración y había dado varias conferencias en la Biblioteca "Emilio Zola" de Santa Fe, a raíz de lo cual conocí a los compañeros de esas localidades.

Me instalé con un pequeño negocio de librería en la calle Alvear y allí, se formó a los pocos días de mi llegada una agrupación cultural que la componíamos varios compañeros. La formaban Luis Difilipo, Juan Lazarte, que entonces eran jóvenes estudiantes, Pedro Lamarque y el viejo Lamarque como lo llamábamos o sea el padre y hermano de Libertad Lamarque y Juan Ferrer. Esta agrupación realizó varios actos culturales en locales cerrados y plazas públicas. La Federación Provincial de Rosario estaba en la calle Córdoba y tenía un local grande y muchos gremios adheridos con un número considerable de afiliados. La agrupación por nosotros formada de común acuerdo con el Consejo de la Federación Provincial, realizaban muchos actos en conjunto. Recuerdo uno que se realizó en el local de un cine donde era tanto el público que no tenía cabida, que se tuvo que abrir la puerta para que pudieran apreciar el acto. En esa función fue donde por primera vez se presentó para cantar Libertad Lamarque, hija del compañero Lamarque, que formaba parte de la agrupación. Libertad era una niña de más o menos 12 años y me tocó a mí ensayarla y lo hizo muy bien. ¡Quién podría pensar, que sería esa la iniciación de una carrera artística tan brillante como lleva realizada Libertad Lamarque!, la que nunca se separó totalmente de nuestro ambiente. Cantó la canción del Pito, con letra y música del compañero Marín. Fue una canción que por muchos años gustó a todos los públicos. Libertad Lamarque la cantó tan bien, que fue

todo un suceso. Como el lector vé, los diferentes medios y formas de hacer propaganda eran muchos, lo que extendía el conocimiento de nuestro ideal a todos los sectores de nuestra sociedad y todos los días aumentaba el caudal de gente que actuaba en nuestro medio y colaboraba en la acción que desarrollaban nuestras instituciones.

Se organizó una gira por pueblos próximos a Rosario, y me tocó a mí realizarla en combinación con compañeros de las localidades que se iban a visitar.



Fuimos a Firmat, donde había una escuelita sostenida por un grupo de compañeros y donde el problema agrario era uno de los más candentes, por ser esa una localidad de concentración a la que acudían trabajadores y compañeros de toda la República, que venían para levantar la cosecha, y donde los anarquistas teníamos motivos más que su-

ficientes para hacer propaganda ideológica con demostraciones de la explotación de que eran víctimas esos trabajadores por los dueños y arrendatarios de las tierras, que llamaban y ocupaban sus brazos para levantar la cosecha. Firmat, siempre fue un lugar donde estuvo concentrado un buen número de compañeros, y lo han demostrado los hechos que allí tuvieron lugar y que han dejado en la historia de la F.O.R.A. una estela de acción y acontecimientos que enaltecieron a los compañeros que allí estaban concentrados, muchos de los cuales perdieron su vida y otros fueron presos y deportados.

Al domingo siguiente fuimos a La Violeta un pueblo chico en aquel tiempo, pero también de concentración agraria, y donde un buen número de compañeros allí radicados trataban de organizar a los obreros y mantener el local donde estaba el sindicato, en el que, de vez en cuando, realizaban algún acto cultural, para así, elevar la mentalidad de ese pueblo y de los obreros que estaban de paso.

A mi llegada habían organizado una conferencia en la plaza del pueblo y otra a la noche en un salón donde se dio una función cinematográfica; la conferencia fue dada por un compañero de la localidad y tuvo mucho éxito. Un hecho muy curioso me pasó en La Violeta que nunca lo pude olvidar; en la conferencia de la plaza se hizo presente el cura del pueblo y se acercó bien a la tribuna como para no perder una sola palabra de mi exposición. En esos pueblos chicos el cura es conocido de todos y él lleva buena cuenta de quién es religioso y quién no lo es. Claro está que su presencia en la plaza llamó la atención, pero ésto no fue todo, ya que terminado el acto, trató de averiguar dónde me hospedaba y a media tarde se presentó, según él, "para tener el gusto de conversar conmigo". Yo acepté su invitación y pasamos la tarde en compañía de varios compañeros conversando sobre los problemas sociales y religiosos. La verdad es que nunca me había sucedido un hecho tan interesante, pues resultó ser un curita original y con ideas bastante liberales; por eso es que nunca le he olvidado.

Después fuimos a Cháves; este era un pueblo más grande, con mayor cantidad de habitantes y donde también un buen número de compañeros desarrollaba sus actividades. A ese pueblo me acompañó Luis Difilipo que también tomó parte en la tribuna. En Cháves se organizaron también dos actos, uno en la plaza como de costumbre y otro a la noche

en el cine del pueblo, que fue muy concurrido, pues no sólo vino la gente del pueblo, sino también las autoridades con sus familias. Paramos ese día en casa del compaero Avila, uno de los más activos en ese pueblo y a quien he tenido la gran satisfacción después de 42 años, de dar un abrazo hace poco tiempo en Rosario, donde sigue trabajando por el ideal que lo acompañó desde su juventud ya que en la actualidad es miembro activo de la Federación Libertaria de Rosario. Todos estos hechos y encuentros, dan la gran alegría de llegar a la comprobación de que el ideal anárquico es el único que libertará a la humanidad y el que llega a conocerlo e intepretarlo no se aparta más de él.

A fines de ese año regresé de nuevo a la Capital Federal, pues ya habían desaparecido las causas que me habían llevado a Rosario, y regresé muy satisfecha por la labor realizada durante ese año que sirvió para vincularme con una cantidad de compañeros.